En lo más profundo del alma

José Rodríguez Arenas
Padre biológico de una niña
que fue dada en adopción en 1979 en Gipuzkoa

Hace ya dos años (domingo 28 de enero de 2024). Acababa de volver de una feria avícola y era algo tarde cuando abrí el correo electrónico y me encontré con la carta de Usoa, "mi hija perdida".

En aquel momento fue toda una sacudida, un golpe en lo más profundo del alma. Despertó muchos sentimientos y, a la vez, por fin abrió una ventana que había anhelado durante tantos años.

Nunca perdí la esperanza, pero honestamente ya solo esperaba que un golpe del destino o que mi hijo –en aquel momento pensaba que se trataba de un chico– pudiera, de alguna manera, contactar conmigo.

Confieso mi ignorancia, mi torpeza y profundo desconocimiento de la existencia de asociaciones como Ume Alaia y otros organismos públicos dedicados a acompañar a los hijos e hijas dados en adopción en la búsqueda de sus orígenes.

Aquella noche mi alma y mi vida se vieron sacudidas por un terremoto emocional que, confieso, ha dejado muy marcado mi ser. Aquella misma noche contacté con Usoa y solo el hecho de escuchar su voz me sobrecogía, pero a la vez me reconfortaba de tal manera que, dos años después, necesito escucharla al menos una vez a la semana. Lo haría cada día, pero no quiero pecar de pesado.

La herida

Desde el primer momento tengo la urgente necesidad de sanar, al menos en parte, la herida que arrastro, no exenta de silencio, desde hace muchos años.

Ahora no tengo otro deseo que construir algo nuevo, ya que recuperar el tiempo pasado no es posible. Pero sí deseo profundamente buscar el encuentro, el abrazo y escuchar su voz.

Animo a los padres y madres que puedan estar en circunstancias semejantes a abrir los brazos y entregarse en cuerpo y alma a sus hijos e hijas, y recuperar en la medida de lo posible ese calor que dejamos perder.



No creo que ninguno de nosotros podamos negar que arrastramos una inmensa herida y que, para sanar mínimamente, no queda otra acción que volcar todo nuestro amor sobre nuestros hijos e hijas.

No podemos esperar que un día nos llamen padre o madre, pero quizás sí que reconozcan nuestro esfuerzo por retomar lo que jamás debimos haber abandonado.

A la Diputación Foral de Gipuzkoa, a Lotune y a la asociación Ume Alaia solo puedo darles las gracias y manifestarles mi más profundo y eterno agradecimiento por haber puesto a mi hija en el camino que ha terminado uniéndonos.